

## **60 años de la Escuela de Negocios**

Quiero partir agradeciendo la presencia de todos ustedes en este día tan importante para la universidad.

Como se ha dicho, hoy tenemos una doble celebración: los 60 años de la Escuela de Negocios y los 100 años del natalicio de su fundador, Pedro Ibáñez Ojeda. Es por ello, que le hemos pedido al presidente de la Junta Directiva, Pedro Ibáñez, que se refiera a la historia de la Escuela y cómo ella transita hacia la universidad que hoy la acoge. Y, posteriormente, a la decana de Artes Liberales, Lucía Santa Cruz, para que nos hable de la vida y legado de su fundador.

Algunos de ustedes, me decían que vinieron especialmente, por don Pedro. Otros, por la Escuela de Negocios. Bueno, a todos les quiero decir que ambas cosas son una sola. Porque no es posible pensar en la escuela, sin don Pedro. Y me atrevería a decir que si bien don Pedro tuvo muchas actividades en su vida, la Escuela de Negocios lo marcó profundamente.

Cuando pensamos el video que acabamos de ver, lo primero que se nos ocurrió, lo obvio, fue convocar empresarios o hombres de negocios que han sido ex alumnos o que trabajan con egresados de la Escuela de Negocios.

Pero quisimos ser más ambiciosos que ello. Porque cuando don Adolfo Ibáñez se imaginó la escuela, lo hizo porque entendió que las empresas iban a requerir gente más capacitada para ser dirigidas con éxito. Pero también señaló que esto era importante, porque las empresas o la actividad empresarial, iba ser vital en el desarrollo futuro del país.

En otras palabras, en su origen, el mandato de la Escuela era doble: cooperar con la empresa, pero también con el país. Pienso que los testimonios que hemos escuchado, dan cuenta de esta última dimensión. De la impronta pública de esta escuela, que es la esencia de su carácter y fortaleza. Porque nosotros queremos formar grandes hombres de empresa, pero también grandes ciudadanos, como lo fueron por lo demás don Adolfo y don Pedro.

Estoy seguro que esta ha sido la clave del éxito de la Escuela de Negocios y de la Universidad. De ahí viene su prestigio y su aporte al país. Hoy nadie discute que la Universidad Adolfo Ibáñez es una institución seria y de calidad. Incluso en el álgido debate del último tiempo, nuestra universidad nunca ha estado en cuestión; por el contrario, ha sido puesta como un ejemplo a imitar.

Esto, como se imaginarán, ha sido fruto del esfuerzo de muchas personas que a lo largo de estos sesenta años han trabajado y colaborado con la Escuela y la universidad en general.

Al respecto, quisiera destacar la labor de algunos de sus decanos que hoy nos acompañan: Carlos Cáceres, Víctor Kullmer, Enrique Ostalé y la actual decana, Manola Sánchez.

Felicitar a su cuerpo de profesores, hoy conformado por más de 70 destacados académicos, el más grande del país. Todos ellos con postgrados en alguna de las más importantes universidades del mundo.

Al prestigio que entregan hoy sus 15.000 egresados, que trabajan en más de 43 países. Y, por supuesto, a sus actuales alumnos, que no dudamos continuarán la tradición de excelencia de la Escuela de Negocios.

Pero este recuento sería muy incompleto, sino reconocemos hoy también, el aporte que ha significado la presencia continua de la familia Ibáñez. La visión de don Adolfo; el coraje de don Pedro; el apoyo, quizás más silencioso, pero fundamental de don Manuel Ibáñez, a quien aprovecho de mandarle un afectuoso saludo. A Gonzalo Ibáñez, gestor de la universidad y primer rector. Y estos últimos años, al aporte invaluable de Pedro, nuestro arquitecto, paisajista y, sobretodo, impulsor de grandes transformaciones académicas. Junto a él, también quiero destacar el importante trabajo, desde la Junta Directiva, de Nicolás Ibáñez

Más allá de las personas, durante todos estos años, la familia Ibáñez, a mi entender, a cumplido dos roles claves: velar por la tradición, que nos conecta con nuestra historia; e impulsar la necesaria innovación que nos mantiene jóvenes y despiertos, buscando hacer siempre un aporte distintivo al país.

Todo esto, acompañado por algo fundamental: el necesario respeto por la institucionalidad de la universidad y, tan importante como aquello, el respeto a la diversidad de opinión de sus académicos, que es la esencia de cualquier universidad en el mundo entero. Creo no exagerar, al decir que la Adolfo Ibáñez es hoy la universidad chilena donde se respira más libertad de pensamiento.

El sano debate de ideas, en todas las disciplina y áreas del quehacer nacional, es un distintivo de nuestra universidad y es lo que nos permite pensar que nuestros alumnos, como lo son nuestros egresados, no solo serán excelentes profesionales, sino también ciudadanos comprometidos con su país.

Por todo esto, y aprovechando la presencia de números miembros de la familia Ibáñez en este día, quiero de agradecer, a nombre de todos los que trabajamos en esta institución, la enorme contribución que han realizado. A nosotros nos llena de orgullo ser partícipes de esta historia. Una historia que estamos seguros seguirá consolidándose en el futuro.

Muchas gracias.